

No sé si recuerdan la historia del Minotauro. Aquella en la que el rey Minos ofrecía cada año el sacrificio de algunos hombres a su hijo, mitad hombre, mitad toro. Cuenta la tradición que los sentenciados debían entrar en un laberinto, en cuyo centro aguardaba el monstruo dispuesto a darles amargo final.

Aquel edificio, un bloque de hormigón macizo, color ceniza y con rejas en las ventanas, tenía bastante más de laberinto cretense de lo que se imaginan. De hecho, por estas fechas o pocos días más adelante, esa mole pétreo engulle todos los años a multitud de desdichados para escupir de ellos los huesos pocas horas después.

Este año es nuestro turno. Dispuestos en filas, esperamos ser llamados a concurso en las entrañas de aquel particular infierno. Gentes de toda condición nos agolpamos al macilento resplandor de una bombilla de LED que amenaza con apagarse de un momento a otro. Puede decirse que somos dignos hijos de nuestro tiempo. Amigos de colocarse el reloj al cuello en lugar de en la muñeca, y estupendos paradigmas del hámster que corre en su ruedecita hacia ninguna parte. Todos ostentan ya antes de empezar las marcas de un encierro prolongado. A la precaria luz del habitáculo, las sombras se alargan y remarcan las laceraciones violetas que los largos dedos del tiempo han dejado en nuestras gargantas, unas ojeras grisáceas de conversar demasiado poco con los nuestros y mucho con el techo de la habitación, y sobre todo las curvadas espaldas de quienes llevan demasiado tiempo con el peso en el ánimo de unas cargas invisibles.

Aunque en aparente tranquilidad, nos dirigimos pesadamente hacia el chirrido de una puerta que se abre. A algunos los sacuden tics nerviosos, a otros con peor suerte, espasmos violentos. Todos callan. Cada uno se dirige a su lugar. Entre todos aquellos sujetos de semblante polvoriento suele colarse, año tras año, algún soñador. Entonces cambia, y mucho, el cuento del Minotauro...

Esta habitación está algo mejor iluminada, pero hace un calor sofocante. La agitación de momentos antes da paso a un aletargamiento que te cae encima como una losa. Los párpados se cierran, escuchas el lejanísimo repiqueteo de un timbre y caes hacia ningún lugar, en un negro vórtice de nada y de todo...

Cuando abro los ojos, lo que veo no me sorprende en absoluto. Yo ya había leído a Hobbes, y sabía de aquella guerra de todos contra todos, sórdida, bestial y breve que vaticinaba. Hoy se suele hacer poco caso a las mentes brillantes. Así nos va.

Filas y filas de soldaditos se reparten a mi alrededor, en un páramo cualquiera de un lugar anónimo que bien podría estar detrás de tu casa. El sol abrasa, y cae con puño de hierro sobre las cabezas de todos. Cada cual armado con lo que puede, hacemos muy poquita cosa para lo que se nos viene encima. Voy a intentar pasar el trago como pueda. Lo que me fastidia es tener que perecer en tan absurda contienda...

Un toque de fanfarria me saca de mis ensoñaciones. Saliendo desbocado de una nube de polvo, el enemigo se aproxima. Los clarines tocan a rebato y la batalla comienza.

Tal cual corresponde, a la cabeza marchan los romanos, enarbolando su estandarte con las refulgentes letras doradas "SPQR". Dando ejemplo, el primero de todos va el celebradísimo Julio César, que ya se sabe que además de serlo tiene que parecerlo; y, justo detrás de él, el ilustre Marco Tulio Cicerón, que viene dando sermones de un lado a otro del frente de batalla, a tal cohorte aquí, a esta centuria allá, y los soldados lo miran con cara de aburrimiento. Aguantan los nuestros el primer envite, pues con un par de ablativos absolutos bien lanzados, a Cicerón se le caen sus tablillas al suelo y el ejército romano se troncha de la risa. Pero detrás de estos vienen muchos más. Se dirigen hacia nosotros de repente cinco figuras negras y encapuchadas, que no son otras que las cinco vías tomistas que demuestran la existencia de Dios. Aparecen acompañadas del fantasma de Menéndez Pidal, y nos defendemos como podemos de la pila de diccionarios que vienen lanzando.

De repente, con un tronar ensordecedor se abre el cielo y el grotesco rostro del Dios poeta del portal de Moguer sobrecoge a los presentes. Dios mediante, las vías tomistas, ya carentes de utilidad, se desvanecen. Al tiempo que el buen hombre manda a sus huestes, va buscando entre ellas a la Poesía, que dice que está adolescente y se le ha escapado de casa.

Así organizados por la mano del Creador se nos vienen encima todos a un tiempo Felipe II con sus tercios, los Cien Mil Hijos de San Luis y la turba anarquista de la Revolución de Asturias. Los nuestros combaten con denuedo. A Felipe lo derrotan los problemas de su reinado, que uno de los nuestros tiene a bien recordarle; a los Cien Mil los reduce uno que viene disfrazado del Duque de Angulema y les invita a retirarse. En cuanto a los anarquistas, un convenio de ocho horas de trabajo, convenientemente redactado de mi puño y letra, los hace disolverse tan felices.

Los de peor memoria o imaginación, sin embargo, caen ante el empuje enemigo. Las tropas contrarias cuentan con la inestimable ayuda del Guadiana, que con aquello de que aparece y desaparece es trampa mortal para muchos de los nuestros, que caen en sus aguas y allí ahogan sus últimos estertores.

Son reconocibles, aquí y allá, las cruces de los bombarderos de la legión Cóndor que nos obsequian con tratados de anatomía aplicada, gnoseología o álgebra. Puedo asegurarles que hacen más estragos que las bombas.

Y por fin, mis enemigas particulares... Se dirigen hacia mí con paso firme la Derivación, la Composición y la Parasíntesis. Logro reducir sin problemas a la primera, un panadero con su rodillo pero cara de bonachón. A la Composición, encarnada fielmente por un automóvil de carreras que intenta atropellarme, la esquivo de milagro. Pero la Parasíntesis, un radiotelegrafista retirado con muy mala uva que ostenta una bayoneta, no me deja opción alguna. Al contacto del metal que se hunde en mi costado me derrumbo, frágil, entre gemidos angustiados. Antes de cerrar los ojos por última vez, tengo el tiempo justo para escuchar, esta vez claro y estentóreo, el tañer de un timbre de escuela...

-Los bolis encima de las mesas. Hemos terminado.

-Vamos, tío, vuelve. Te has quedado empanado...- me dice mi compañero de al lado.

"Vuelve". Me vienen al magín, mientras abandono la sala de examen aún aturcido, unos versos del maestro Serrat. *"Vuelve el pobre a su pobreza, vuelve el rico a su riqueza, y el señor cura a sus misas..."* Y nosotros también

volvemos, y volamos con alas nuevas, hacia nuestra libertad recién recuperada, igual que Ícaro voló alejándose del Minotauro.

Después de todo, en la Quinta del Tres ha habido suficientes soñadores.